

TOÑO SÁNCHEZ JR.

CRÓNICAS
QUE DA MIEDO
CONTAR

icono •

ICONO •

©2010, Toño Sánchez Jr.

De esta edición:

©2010, Icono Editorial Ltda.

Carrera 10 A No. 70-62

Teléfono: (57-1) 317 8905

TelFax: (57-1) 317 8898

Bogotá, D.C., Colombia

www.iconoeditorial.com

Director:

Gustavo Mauricio García Arenas

gmgarcia@iconoeditorial.com

Asistente editorial:

Ángela Alfonso Botero

Diseño de colección:

Nancy Cruz

Imagen de cubierta:

Calavera de Don Quijote de José Guadalupe Posada

ISBN: 978-958-8461-09-0

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta publicación, mediante cualquier sistema,
sin previa autorización escrita de la editorial.

Contenido

Capítulo I: La noche de Resurrección

El Alto San Jorge	14
Las cuentas de El Viejo Rafa	18
Rumba, diversión y traqueteo	23
Llega El Cabezón	34
El <i>duro</i> de Montelíbano	39
Bombardeos de droga y billete	43
Se rompe la alianza	48
«A punta de martillo»	51
Preparativos para la Fiesta de Resurrección	57
«Vamos por esos hijueputas»	68
Llegó «El toro negro»	71
La pérdida del conjuro de El Viejo Rafa	83
Quince años después	91

Capítulo II: El Camaleón

Autodefensas, paramilitarismo, masacres y narcotráfico en el Magdalena Medio	95
La narcotización de un sueño	95
Una misma historia, un solo resultado: violencia	97
El primer parte en San Vito	101
La finca de El Patrón	107
El paraíso del <i>lavado</i> y del mal	111
Todos los caminos conducen al Magdalena Medio	113
Aparece el Negro Vladimir	114

«Desde la llegada de Vladimir se comenzó a cascar por parejo»	116
El principio del fin	117
La otra guerra	134
La llegada del hombre indicado	137
«Matemos a ese hijueputa ahora...»	155
El abrazo de la muerte	162
La degradación de un sueño	167
«Ay muchachos, no me dejen morir...»	176

Capítulo III: Autodefensas-Escobar-Pepes

«Mi papá tiene una caleta de dólares la hijueputa»	198
Silencio, censura y presión en la noche del 21 de julio	205
«Usaré todos los medios para capturar a Escobar»	212
Transcripción de algunos apartes del informe de inteligencia	223
«Bueno, dejemos así...»	241

Epílogo	249
----------------	-----

Glosario	251
-----------------	-----

Fuentes de información	256
-------------------------------	-----

Bibliografía	258
---------------------	-----

Capítulo I

La noche de Resurrección

*A cientos de kilómetros de allí, miles de años antes,
María Magdalena, María, la madre de Jacobo, y Salomé
se reponían del susto causado por un ángel al remover
la piedra del Santo Sepulcro para comprobarles
que el hijo de Dios había resucitado.*

En una vereda del norte de Colombia, una manada de marranos se daba un banquete con los restos de cincuenta y tres cadáveres que yacían sobre un potrero del caserío Mejor Esquina.

Fue una noche en que los familiares de las víctimas se vieron obligados a decir a sus almas, sus corazones y sus sentimientos, que ignoraran el dolor por los asesinatos de hijos, hijas, padres, madres, hermanos, hermanas, esposos, esposas, amigos, amigas. Estaba prohibido llorar por los difuntos.

Fueron quince largos minutos de plomo, insultos, sangre y muerte que todavía resuenan en los oídos de los supervivientes y que, para muchos, aún no han terminado.

El lunes 4 de abril de 1988, mientras millones de colombianos se despertaban de las vacaciones de Semana Santa, una noticia radial los sacudió y devolvió a la realidad: más de treinta campesinos habrían sido eliminados en el caserío de Mejor Esquina, en jurisdicción del municipio de Buenavista, Córdoba. Eran tiempos en que las masacres aún conmovían al país, y con ésta se estaba dando inicio a toda una época de sangre y exterminio, con un agravante que descubrieron los ciudadanos de bien del departamento: estaban bajo el poder del narcotráfico. Los sucesos del Alto San Jorge no serían más que un ensayo de lo que en adelante surcaría toda Colombia.

EL ALTO SAN JORGE

A esta región de Córdoba la conforman los municipios de Puerto Libertador, Montelíbano, Ayapel, Buenavista, Planeta Rica, Pueblo Nuevo y La Apartada... las mejores tierras del departamento. Los ganados engordan entre un amanecer y un atardecer, y los pastos propios, además de las variedades que ha ido imponiendo la tecnología, dan sus mejores resultados en esta próspera región. Los sembrados de arroz y sorgo alcanzaron allí sus mejores rendimientos.

Se le llama Alto San Jorge porque al imponente valle lo atraviesa el río San Jorge, cuyas aguas, al igual que las del Sinú, nacen en el Nudo del Paramillo, pero las separa la serranía de San Jerónimo, que también sirve de límite con el río Cauca.

El viajero y escritor inglés Cunningham Graham dijo:

He recorrido la India, Australia, Argentina. No he visto tierras tan feraces y tan bellas como esas del Sinú y del San Jorge. Allí llaman impropriamente «potreros» a las fincas de ganado, cuando deberían denominarse mejor «fábricas de carne», por el maravilloso poder alimenticio de sus pastos. El día que a esas regiones las doten de vías de comunicación, se convertirán en un sin igual emporio de riqueza (Burgos Puche: 84).

Pero a estas regiones las dotaron, en su lugar, de pistas de aterrizaje y bodegas para el almacenamiento y despacho de cocaína. Una provincia tan próspera era la ideal para la guerrilla y para que llegaran a asentarse los nuevos ricos de Colombia, a quienes los pobladores les dieron el mítico nombre de «mágicos».

Estos personajes le caían al campesino, comerciante, agricultor o ganadero a proponerle mortales negocios:

—¿Cuánto vale su finca?

—Quinientos mil pesos la hectárea —contestaba el interrogado.

—Le vamos a pagar un millón por hectárea. Este fin de semana vaya por sus cosas y el lunes nos vemos en la notaría.

El pago se hacía en efectivo. Como el dinero llegaba en costales de lona, de allí venía el dicho callejero: «Ese sí tiene la *tula*». Otros más osados decían en voz baja: *Está con el botín*, pero este último apelativo no tenía aceptación y sí traía serios reclamos al dejar entrever su origen dudoso, lo que iba en detrimento de la «moral» del comprador.

Muchas propiedades, luego de haber pertenecido a familias de tradición que las legaron por generaciones, cambiaron de manos. Algunos dueños renuentes a vender, tras escuchar las mágicas palabras: «O nos vende a nosotros o le compramos a la viuda la próxima semana», corrían a cerrar el negocio en la notaría. Si el cliente no tenía mujer, entonces cambiaban el término «viuda» por el de «herederos».

Sin embargo, no sólo las tierras encantaron a los nuevos hacendados. Aunque comprarlas les permitió evadir el fisco y lavar sus ingresos, lo fascinante eran los ciento veintinueve kilómetros de costa que tiene el departamento de Córdoba frente al mar Caribe. Con un aeropuerto que recibe aviones de gran tamaño y un pequeño comando de Policía –por lo general, al mando de un mayor antiguo o un recién ascendido coronel–, no existía una brigada... únicamente un batallón. Pero lo más importante era su cercanía de Panamá, conocido como paraíso empresarial y financiero y con un importante mercado negro de armas, contrabando, coca y lavado de activos.

El contrabando con ese país tuvo su esplendor en los años setenta y ochenta. Hasta el champú que se usaba en Montería venía del istmo. Pero luego muchos contrabandistas cambiaron de oficio y se dedicaron a mover grandes cantidades de dólares, no correspondientes a las utilidades propias de sus tareas iniciales. Para algunos, la zona del canal era «el paraíso de la maldad y el billete». «Lo que no se conseguía en Panamá era porque no lo habían terminado de inventar», recuerda un veterano contrabandista.

Córdoba tenía además otra nefasta cualidad: su ubicación geográfica y los fértiles valles que contrastan en algunas partes con

las agrestes estribaciones de las serranías de Abibe, San Jerónimo y Ayapel, permitirían la construcción de grandes pistas de aterrizaje que el mismo entorno podría mimetizar. Varias fueron muy famosas, entre ellas una ubicada en el municipio de Buenavista, en una finca que daría mucho de qué hablar tiempo después: Caballo Blanco. Otra en el corregimiento de Buenos Aires-La Manta, jurisdicción de Montería, de nombre Mundo Nuevo, que los moradores llaman *La Pista*. Entre 1980 y 1990 funcionaron en Córdoba, según datos de la AEROCIVIL, veintitrés pistas con permiso, siete de ellas en Ayapel. Las que operaban en el departamento, incluyendo las ilegales, superaron las treinta.

Por lo general, el área donde funcionaba la terminal era arrendada o vendida a un tercero que podía ser un testaferro o una persona cualquiera que luego desaparecía de manera misteriosa. Si la pista caía en desgracia, el dueño de la hacienda conservaba la mayor parte de la propiedad y no se *calentaba con la vuelta*.

Todas estas ventajas de Córdoba no pasaron inadvertidas para un temible grupo guerrillero que había nacido en diciembre de 1967 en la bella región del Alto San Jorge: el Ejército Popular de Liberación, EPL. En un principio estableció su centro de operaciones en el Alto Sinú, en un sitio olvidado por el Estado, que tenía un nombre que inspiraba miedo y respeto a la vez: los Llanos del Tigre.

Los frentes Francisco Garnica Narvárez y Pedro León Arboleda del EPL fueron los que azotaron con virulencia a los pobladores, no sólo de Córdoba, sino también de Urabá y otras regiones del país. Muchos ganaderos, agricultores y comerciantes aprendieron a convivir con la extorsión y el secuestro a que los sometió el grupo subversivo. Se llegó a decir en un momento que los pobladores de Buenavista eran la retaguardia y avanzada del EPL.

A pesar de su poder, los nuevos dueños de las fincas no escaparon a las extorsiones de la guerrilla. Como la avaricia de los extorsionistas no tenía límites, los hombres del botín decidieron empezar a contratar su seguridad para evitar el alto costo del *boleteo* y controlar el elevado «arancel» que el EPL cobraba por

cada avioneta despachada de las pistas que operaban desde su «jurisdicción».

Al comienzo el EPL sólo cobró un impuesto por avioneta cargada con merca y no se metió con los nuevos propietarios, pero los *guerrillos* disfrutaban de un tácito permiso para extorsionar y secuestrar a los hacendados de la región. Esto se interpretó, tiempo después, como una macabra alianza para que los desesperados propietarios vendieran sus tierras «a precio de huevo» a los mafiosos que llegaban a la zona, aunque antes esta práctica la empleaban los mismos finqueros con la guerrilla. Le decían al comandante del frente que no podían cumplir la cuota que se les imponía, pero que si los ayudaban a comprarle a tal vecino, sí se comprometían a pagar lo acordado. Los guerrilleros no le veían ningún inconveniente a la sugerencia y comenzaban a *apretar* al incómodo vecino para que vendiera más rápido y barato.

Unos cuantos hacendados de Córdoba aumentaron sus fortunas luego de aliarse con El Viejo Rafa o el EPL. Tal vez se comieron el cuento ideológico, pero el peso de haber sido socios de este despreciable sujeto los obligó a mantener un bajo perfil.

Cuando la gran mayoría de las extensas propiedades de la zona ya estaba en manos de mafiosos, el EPL comenzó a extorsionarlos. El negocio era tan bueno, que llegaron a estudiar la posibilidad de internacionalizar el boleteo. Incluso se consideró seriamente enviar una *comisión* a Panamá para *vacunar* a comerciantes y banqueros de ese país. Pero mientras se daba el proyecto, empezaron a *apretar* a sus socios. Estaba a punto de romperse una alianza estratégica.

* * *

Un hombre que había llegado a radicarse en Córdoba, y propietario de una finca llamada Las Tangas, empezó a ver con preocupación esta asociación: «No podemos permitir que los mafiosos,

con la ayuda del EPL, se queden con todas las tierras de Córdoba». Se trataba de Fidel Castaño Gil, personaje que daría mucho de qué hablar en Colombia.

Otro individuo nuevo en la región se inquietaba por la pérdida de exclusividad en el negocio del narcotráfico: era Juan Ramón Matta Ballesteros, un hondureño que había comprado las mejores tierras del Alto Sinú. En Montería, creó una oficina llamada Inversiones Vásquez donde atendía sus negocios. La fachada consistía en una compraventa de camperos Toyota y maquinaria agroindustrial, la primera en llevar a la ciudad los llamados Toyotas anfibios. Pero lo curioso es que a los posibles clientes tanto de carros como de tractores les respondía que no estaban para la venta, razón por la cual estuvieron en exhibición durante años. Matta cayó en desgracia tiempo después, y la mayoría de sus propiedades pasó a ser botín de guerra.

LAS CUENTAS DE EL VIEJO RAFA

Ya para esta época –años ochenta– hacía de las suyas un sujeto llamado Isidro Antonio Martínez Pastrana. Con este nombre no amedrentaba a nadie, ni su físico revelaba nada diferente de lo que era por oficio: vaquero y jornalero en la hacienda Cuba, propiedad de Alfonso Ospina. También trabajó en las fincas Los Moncholos y Porto Bello. Más adelante se dedicó, en sus ratos libres, a ser cuatrero. Alternaba sus oficios varios con la vigilancia: era soplón y mensajero del EPL. Fue cuando le pusieron una *chapa* con la que sería conocido como el sujeto más temido, respetado y despreciable: *El Viejo Rafa*.

Nació un 5 de mayo de 1945 en el corregimiento de Tierra Santa, municipio de Buenavista, Córdoba. Fue el «financista» más grande que haya tenido el país, aunque sus operaciones no las cotizó en la bolsa de valores, sino en la tula del EPL. Los campesinos atribuían poderes sobrenaturales a este legendario extorsionista y creían, además, que tenía un pacto con el diablo para evitar ser atrapado. Decían que se podía esconder detrás de un palo de es-

coba o convertirse en un árbol. Con poderes o no, fue quien llevó a cientos de personas a la ruina y a la desgracia, y a muchas otras las enriqueció con tierras y dinero.

Era el hombre consentido de Bernardo Gutiérrez, de Rafael Kerguelén alias *Marcos Jara*, de Francisco Caraballo y del resto del comando central del EPL. El Viejo Rafa tenía otras «virtudes»: le encantaban el secuestro, los fandangos y las muchachitas de trece o catorce años, «de primera comunión», como dicen en el monte. Relatan que entró al EPL a mediados de los ochenta, pero otras fuentes afirman que a finales de los setenta ya hacía parte de ese grupo guerrillero como auxiliador y colaborador. Su experiencia como conocedor de la región y de las personas que tenían propiedades en toda la zona del San Jorge y Alto Sinú fue su mejor aporte, algo que pasaba inadvertido ante sus amigos y las autoridades.

El Viejo Rafa jamás se atrevió secuestrar a los del botín. A ellos los extorsionaba, y no precisamente por las hectáreas de tierra y ganado que poseían, sino por una famosa y productiva pista de aterrizaje ubicada en una finca en el San Jorge, que con el tiempo alcanzó una fama casi mítica por el *traqueteo*: Caballo Blanco. Les exigía un excesivo gramaje por kilo embarcado.

Esta hacienda, aunque no aparezca ningún documento que lo demuestre, era según la mayoría de los moradores de la región de un ganadero de Montelíbano llamado César Cura De Moya, amigo y socio de El Viejo Rafa en el negocio del traqueteo. Alianza que tiempo después le trajo un enfrentamiento con el clan Ochoa, que lo acusó de patrocinar y aceptar que el subversivo extorsionara y secuestrara a los ganaderos y agricultores de la zona.

El Viejo Rafa tampoco se atrevió a plagiar a los propietarios de otras pistas que operaban en sus límites, como las del corregimiento de Buenos Aires-La Manta, Nueva Lucía, El Totumo y Canalete. Por estas rutas se despacharon al mundo toneladas de droga. El financista del EPL sabía que con los «señores de la droga» había que transar: jamás secuestrarlos, ni siquiera irritarlos. En todo el San Jorge y Alto, Medio y Bajo Sinú nada sucedía si Rafa no lo aprobaba. Incluso tenía una relación casi paternal con

quienes extorsionaba, y sin embargo no dejaba de secuestrarlos. Los especialistas llaman psicopático a este comportamiento. Había una base en la vereda de Marralú, en Ayapel, a donde iban a llevarle la vacuna todos los comerciantes, ganaderos y agricultores. Las autoridades sabían de su ubicación pero temían acercarse.

No hay que olvidar que el bandido siempre fue bueno con el ron, las fiestas populares y las niñas, y para descansar del trajín había elegido un caserío frente al municipio de Buenavista llamado Mejor Esquina. Asistía a todos los agasajos de esta vereda: los del Sábado de Gloria y Domingo de Resurrección del año de 1988 no fueron la excepción.

* * *

El mayor problema de los ciudadanos de Buenavista era su cercanía a la orilla de la Troncal de Occidente: el EPL, para atravesar esta vía, debía contar con la ayuda de algunos residentes de la mencionada población. Fue ahí donde nacieron muchas de las dificultades que tuvieron que enfrentar sus habitantes. Varios fueron asesinados por auxiliar al grupo guerrillero –al menos de esto fueron acusados. Otros se valieron de la confianza que gozaban ante comandantes de grupos al margen de la ley para arreglar cuentas personales. Un ganadero le debía a otro, y para no pagarle lo acusaba de auxiliar a paramilitares o guerrilleros, según el bando que frecuentara. El resultado era que el sindicato aparecía asesinado. El mismo método se aplicaba para quedarse con las mejores tierras.

Uno de esos crímenes fue el del prestante médico, ex concejal de Buenavista y ex presidente de la Asamblea Departamental de Córdoba, Agustín Barba. El conocido galeno se radicó en Buenavista y se ganó el aprecio y consideración de los habitantes de la región. Muchos residentes lo consideraban el san Gregorio del San Jorge por sus aciertos para sanar enfermos: atendía entre ochenta y cien pacientes diarios.